

SOBRE LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO¹. (1911d).



Sandor Ferenczi.

El psicoanálisis es una ciencia aún joven, pero lo suficientemente rica en experiencias como para justificar un examen de sus resultados y una evaluación de los éxitos y fracasos del método tal como se ha aplicado hasta el presente, sacando las conclusiones pertinentes. Esta revisión crítica puede hacer nuestro trabajo más rentable si abandonamos los métodos ineficaces, y más fecundo si adoptamos los nuevos, más ricos en sugerencias. Este balance es tan necesario para una actividad científica como para una empresa industrial o comercial; los congresos, en lugar de ser una feria liviana o una presentación espectacular de las novedades científicas, deberían consagrarse a la evaluación objetiva de los resultados.

He hablado de crítica del método analítico, pero hubiera podido hablar de crítica de los medios de *combate*; pues al igual que todos los innovadores y pioneros, nosotros no sólo debemos trabajar sino también luchar por nuestra causa. Considerado en su conjunto y sin prejuicios, el psicoanálisis aparece como una ciencia teórica, que intenta llenar las lagunas de nuestro conocimiento sobre el determinismo de los procesos mentales. Sin embargo, este problema puramente científico afecta tanto a las bases de la vida cotidiana, a determinados dogmas familiares, intelectuales y religiosos intangibles en apariencia, ocasiona tantos problemas en el círculo de los neurólogos, que serían lo más aptos para criticar objetivamente nuestra actividad, que no nos podemos extrañar si, a guisa de hechos y pruebas, nos asestan verdaderos porrazos.

De esta forma hemos sido arrastrados, muy a pesar nuestro, a un combate en el que las musas callan, mientras que las pasiones humanas se desencadenan y en el que se admiten algunas armas que no provienen del arsenal de la ciencia. Hemos sufrido la suerte de los apóstoles de la paz eterna, obligados por su ideal a hacer la guerra.

La primera época, la que llamaríamos época heroica del psicoanálisis, está representada por los diez años que Freud peleó solo contra todos y utilizando todos los medios. La mayoría, ciertamente, adoptaron el eficaz método del silencio; pero otros usaron el sarcasmo, el desprecio o la calumnia. Los amigos de antaño, e incluso, un antiguo colaborador, le abandonaron y el mayor cumplido que se hizo fue el de considerar a *tan gran* talento víctima de tamaño error.

Al llegar aquí no podemos menos que expresar nuestra admiración por Freud, quien, sin desear que se reconociera su dignidad, inquebrantable a pesar de tan furiosos ataques, y a pesar de la decepción que le causaron sus amigos, continuó avanzando por el camino que juzgaba acertado. Él podría decirse con el humor amargo de un Leónidas: al menos puedo trabajar en paz, a la sombra de la ingratitud. Así, estos años le sirvieron para madurar ideas imperecederas y para redactar obras inmortales. Realmente evitó derrochar su precioso tiempo en polémicas. Nosotros mismos deberíamos seguir el ejemplo de Freud evitando la polémica en la medida de lo posible.

Efectivamente, entre nuestros adversarios, son numerosos quienes, sin experiencia personal ni conocimientos de los problemas que nos preocupan, lanzan conferencias o artículos contra el psicoanálisis

1.- El autor ha presentado mediante este estudio al segundo congreso de psicoanálisis de Nüremberg su proposición de reunir en una asociación internacional a todos los que practicaban científicamente el psicoanálisis.

a partir de sarcasmos e injurias (hay honrosas excepciones).

No merece la pena prestar atención a estos ataques desprovistos de seriedad; a menudo sólo tratan de ganarse la simpatía de alguno de nuestros adversarios influyentes.

Pero estos seres poderosos que lanzan su reprobación desde lo alto de su Olimpo, con un orgullo irrisorio (y un conocimiento muy vago del tema), quedan contrariados por la inoperancia de sus condenas: a pesar del “aniquilamiento” seguimos viviendo alegremente y seguimos trabajando ajenos a su desprecio. Con el tiempo, el mundo científico cesará en sus continuas recriminaciones que, por último, sufrirán la suerte de todos los ruidos monótonos: escaparán a la atención de los espíritus activos. Evitar la polémica inútil es un orden que nunca se repetirá lo suficiente en la lucha a favor del psicoanálisis.

La segunda época del psicoanálisis está marcada por la aparición de Jung, cuyo gran mérito consiste en haber puesto las ideas de Freud, mediante el empleo de los métodos de la psicología experimental, al alcance de quienes rechazaban hasta entonces los trabajos psicológicos de Freud, a pesar de una sincera búsqueda de la verdad y en nombre de un respeto estricto a la exactitud. Conozco muy bien esta situación porque, desgraciadamente, la he vivido yo mismo, y he necesitado mucho tiempo para admitir que la exactitud en psicología experimental es sólo un cebo, una formación sustitutiva (Ersatzbildung), para ocultar la ausencia de contenido de esta ciencia. La psicología experimental es exacta, pero no nos enseña nada; el psicoanálisis es inexacto, pero revela relaciones insospechadas y descubre capas del psiquismo inaccesibles de otro modo.

Los nuevos investigadores siguieron a Jung hacia el territorio científico descubierto por Freud, igual que los colonos siguieron las huellas de Américo hacia el continente descubierto por Colón; igual que los primeros inmigrantes del nuevo continente, hemos tenido que mantener hasta ahora una guerra de guerrillas. Sin dirección espiritual, sin unidad táctica, hemos luchado cada uno sobre la porción de terreno conquistado. Cada cual ha ocupado una parcela del inmenso territorio según ha creído conveniente, eligiendo los modos de ataque, de defensa y de trabajo que le parecían mejor. La ventaja de la guerra de guerrillas era grande mientras se trató de ganar tiempo frente a un adversario muy fuerte, y de impedir que las ideas recién nacidas quedaran sofocadas en su origen. La libertad de movimiento, que no quedaba limitada por las consideraciones hacia los demás, nos permitió adaptarnos a las condiciones locales, al nivel de conocimiento y de comprensión hallado y a la fuerza de la resistencia. La ausencia de autoridad y de toda disciplina protectora favoreció el desarrollo del amor propio, indispensable a cualquier trabajo de vanguardia. Añadamos que en algunas capas sociales ha sido precisamente este combate desorganizado, casi revolucionario, el que nos ha ganado las simpatías; de este modo los temperamentos artistas, cuya comprensión intuitiva de los problemas que nos ocupan y su aversión a todo lo escolástico les ha hecho ponerse de nuestra parte, han contribuido en gran medida a propagar las ideas de Freud.

Sin embargo, al mismo tiempo que ventajas, la guerra de guerrillas ha supuesto inconvenientes considerables, debido precisamente a su carácter mal delimitado. La ausencia de dirección ha favorecido la proliferación excesiva de las tendencias individuales y de las posiciones científicas personales aisladas en algunos “combatientes”, a expensas del interés común, de lo que podríamos llamar “las tesis centrales”. El liberalismo doctrinal no hará daño a la guerra de guerrillas, sino al contrario: insistirá sobre la necesidad de la “libertad” de la ciencia. Y así debe ser. Pero el análisis, y en particular la autocrítica analítica, nos ha mostrado que quienes, sin ayuda exterior, saben reconocer sus instintos y tendencias inadaptadas y refrenarlas en provecho del interés común, son excepción. Por ello, una cierta consideración mutua es útil para la ciencia, y el reconocimiento de tales límites no amenaza en ningún caso su libertad, es decir, su posibilidad de evolución regular y racional. Señalemos aún que, aunque una parte muy valiosa de la sociedad simpatiza con nosotros a causa de nuestra falta de organización, la mayoría, habituada al orden y a la disciplina, halla en ello un nuevo elemento de resistencia. Por último, no hay que olvidar a esas personas timoratas que nos aprueban totalmente pero dudan de unirse a uno de nosotros, aunque estarían dispuestas a entrar en una organización; ellas representarían una aportación considerable de partidarios y colaboradores.

Sin embargo, conviene detenerse en el primer inconveniente: ante la gran mayoría somos unos exaltados sin organización ni disciplina, y no podemos imponernos de esa manera. El nombre de Freud inscrito en nuestra bandera no es más que un nombre después de todo; no permite adivinar el número de personas que

profesan actualmente las ideas unidas a ese nombre, ni con cuántas realidades cuenta ya el análisis. De esta manera perdemos la apariencia de masa, en la medida en que podríamos pretender tenerla, sin mencionar el peso específico de los individuos y de sus ideas considerados aisladamente. No es de extrañar que esta nueva rama de la ciencia sea prácticamente desconocida por los laicos, para los médicos sin formación psicológica e incluso, en algunos países, para los psicólogos, y que nos veamos obligados a explicar el psicoanálisis a la mayoría de los médicos que nos consultan. Hillel, el rabino judío de la antigüedad, tuvo la suficiente paciencia para responder incluso a un incrédulo que, mofándose, le había desafiado a explicarle las leyes fundamentales de su religión mientras fuera capaz de mantener el equilibrio sobre un pie. No sé si Hillel convirtió o no al infiel, pero puedo afirmar por experiencia que ese modo de propagación del psicoanálisis no es rentable. El hecho de ser desconocidos y de no ser admitidos va acompañado, pues, de inconvenientes importantes; somos considerados como apátridas y pobres miserables por los jefes de los laboratorios de investigación y experimentación que dudan mucho de que podamos poseer conocimientos ignorados por nuestros deudos ricos.

En consecuencia, podemos preguntarnos: ¿compensan las ventajas de la guerra de guerrillas todos estos inconvenientes? ¿Podemos presumir que desaparecerán espontáneamente tales inconvenientes sin actuar en este sentido, es decir, sin organizar nuestra actividad y nuestra lucha? Y por último, en el plano práctico, ¿qué principios nos servirán de base para una unión sólida y duradera?.

Sin dudar, respondo afirmativamente a la primera cuestión y me atrevo a decir que nuestra actividad será más beneficiosa si no se organiza.

Conozco bien la patología de las asociaciones y sé perfectamente que a menudo en los grandes grupos políticos, sociales y científicos reinan la megalomanía pueril, la vanidad, el respeto a fórmulas vacías, la obediencia ciega y el interés personal, en lugar de un trabajo concienzudo consagrado al bien común.

Las asociaciones, tanto en su principio como en su estructura, conservan ciertas características de la familia. Existe el presidente, el padre cuyas declaraciones son indiscutibles y cuya autoridad es intangible; los restantes responsables: los hermanos mayores, que tratan a los pequeños con altivez y severidad, rodeando al padre de lisonjas, pero dispuestos a derrocarlo para ocupar su lugar. En cuanto a la gran masa de los miembros, parte de ella sigue ciegamente al jefe, y otra parte escucha a uno u otro agitador, al tiempo que considera el éxito de los mayores con aversión y envidia e intenta suplantarlos para recibir los favores del padre. La vida del grupo proporciona el terreno donde se descarga la homosexualidad sublimada en forma de odio y de adulación. Parece que el hombre apenas puede escapar a sus características familiares, que es justamente un “Zoon Politikon”, un animal en rebaño, como decía el sabio griego. Por mucho que se aparte con el tiempo de sus costumbres y de la familia de la que ha recibido la vida y su educación, acaba siempre por restablecer la situación antigua: halla un nuevo poder en cualquier superior, héroe o jefe de partido respetado; encuentra a su hermano en sus compañeros de trabajo; su madre es la mujer en la que tiene confianza; sus juguetes los encuentra en sus hijos. No se trata de una analogía forzada, sino que es la estricta verdad. Nos proporciona una prueba de ello la regularidad con que cualquiera, incluso nosotros, los analistas indisciplinados y desorganizados, unimos en nuestro sueño la figura paterna con la de nuestro jefe espiritual. Yo mismo, durante el sueño, he aniquilado y enterrado a mi padre espiritual, de forma más o menos disimulada, al que respetaba en gran manera, pero que en el fondo me cerraba el paso debido a su propia superioridad espiritual, y que además presentaba siempre algunas características de mi propio padre. Numerosos colegas me han referido sueños semejantes.

Parecería que violentábamos la naturaleza humana si, en nombre de la libertad, quisiéramos a cualquier precio evitar la organización familiar, pues, aunque estemos desorganizados en cuanto a la forma, no dejamos de constituir por ello una comunidad familiar con todas sus pasiones: amor y odio hacia el padre, inclinación y envidia entre los hermanos; y a mi parecer sería más justo traducir este estado de hechos en la misma forma.

Esto sería más honrado y al mismo tiempo más práctico. Pues ya he precisado que el control de estos afectos egoístas resulta favorecido por la vigilancia mutua. Los miembros que hubieran recibido una formación psicoanalítica serían, pues, los más apropiados para fundar una asociación que reuniera las

ventajas de la organización familiar con un máximo de libertad individual. Tal asociación debe ser una fórmula en la que el padre no detente una autoridad dogmática, sino sólo la que le confieran su capacidad y sus actos; donde sus declaraciones no sean ciegamente respetadas, como si se tratara de decretos divinos, sino que se sometan, como todo lo demás, a una crítica minuciosa; donde él mismo acepte la crítica sin susceptibilidad ridícula ni vanidad, como un *pater familias*, un presidente de asociación de nuestros días.

Los hermanos mayores y los pequeños tendrán que aceptar sin suspicacias ni resentimientos pueriles el escuchar la verdad cara a cara por muy amarga y decepcionante que sea. Ciertamente, debe comunicarse la verdad sin provocar sufrimientos inútiles: así se sobreentiende en el estado actual de la civilización y en el segundo siglo de la anestesia.

Esta asociación -que naturalmente sólo alcanzaría el nivel ideal al cabo de bastante tiempo- tendría grandes probabilidades de conseguir un reparto justo y eficaz del trabajo. En esta atmósfera de franqueza mutua en que se reconoce la capacidad de cada uno y se elimina o se domina la envidia, y en la que la susceptibilidad de los ilusos no se toma en consideración, no será posible que un miembro dotado de un agudo sentido del detalle, pero carente de la facultad de abstracción, se lance a una reforma teórica de la ciencia; es posible que otro renuncie a plantear sus propias experiencias, quizá de gran valor, pero absolutamente personales, como fundamento de toda la ciencia; un tercero admitirá que un tono excesivamente apasionado en sus escritos hará aumentar la resistencia sin servir a la causa, y un cuarto sujeto conseguirá mediante la libre discusión no rechazar de golpe todo lo nuevo en nombre de su propio saber, concediendo un tiempo a la reflexión antes de tomar partido. En conjunto, éstos son los diferentes tipos que se hallan de ordinario en las asociaciones actuales, así como ante nosotros; pero en una asociación psicoanalítica, incluso si no se les puede eliminar, será sin embargo posible controlarlos con eficacia. Por ello mismo, la fase *auto-erótica* actual de la vida de la asociación será reemplazada por la fase más evolucionada del *amor objetal*, en la que la satisfacción ya no se buscará mediante la excitación de las zonas erógenas psíquicas (vanidad, ambición), sino en los objetos propios de nuestro estudio.

Estoy convencido de que una sociedad psicoanalítica que trabajara de esta forma crearía condiciones internas favorables a su actividad y sería respetada en el exterior. Pues aún se resiste fuertemente a las teorías de Freud en todos los niveles, aunque parezca que se debilita progresivamente su negación. Si nos dedicamos al trabajo estéril y desagradable de examinar los diferentes ataques dirigidos contra el psicoanálisis, constataremos que los críticos que hace cinco años recurrían al silencio y a la maledicencia, comienzan hoy a considerar que la “catarsis” según Breuer y Freud es una realidad y un método muy ingenioso; rechazan naturalmente todo lo que ha sido descubierto y escrito tras la época de la “abreacción”. Algunos tienen el valor de admitir la existencia del inconsciente y su investigación con el método analítico, pero les detiene la sexualidad; el decoro, al mismo tiempo que una sabia prudencia, les impide seguirnos por este camino. Hay algunos que aprueban las deducciones de Jung, pero a quienes el nombre de Freud espanta como si se tratara del diablo en persona; olvidan por completo el absurdo lógico “*filius ante patrem*” que esta posición implica. Algunos críticos reconocen el papel modélico de la sexualidad en las neurosis, pero se resisten a ser clasificados en la escuela de Freud.

De todos modos, la forma más dañina y más despreciable de aprobar las teorías de Freud consiste en redescubrirlas poniéndoles un nombre distinto. ¿Qué es la “neurosis de espera”, sino la neurosis de angustia de Freud con nombre diferente? ¿Y cómo podríamos desconocer esos síntomas característicos de la histeria de angustia según Freud que un colega astuto ha lanzado al mercado bajo el nombre de “frenocardia” haciéndolos pasar por descubrimiento propio? ¿Y no resulta evidente que tras la palabra “análisis” algunos han pretendido crear, por oposición, la noción de “psicosíntesis”? La imposibilidad de una síntesis sin previo análisis se le ha escapado naturalmente a este autor.

Estos amigos representan para el psicoanálisis una amenaza mayor que sus enemigos. El peligro que nos acecha en cierta manera es que nos pongamos de moda y que el número de quienes se dicen analistas sin serlo crezca rápidamente.

No podemos sin embargo responsabilizarnos de todas las ineptitudes que se propalan bajo el nombre

del psicoanálisis; además del “Jahrbuch”² necesitamos una asociación que garantice en cierta medida la aplicación del método psicoanalítico según Freud y no cualquier método preparado para uso personal. La asociación también debería vigilar la piratería científica. Una selección rigurosa y prudente para admitir nuevos miembros permitirá separar el trigo de la cizaña y eliminar a quienes no admiten abierta y explícitamente las tesis fundamentales del psicoanálisis.

Una toma de posición así exige valor personal y la renuncia a las ambiciones académicas. Sin embargo nos podremos consolar porque no necesitamos ayuda, sobre todo en el plano financiero, como le ocurre a un servicio hospitalario. No necesitamos hospitales, ni laboratorios, ni “material humano hospitalizado”; nuestro material es la gran masa de neuróticos que, carentes de fe y esperanza en la ciencia médica, se dirigen a nosotros.

La ayuda que podemos aportar a estos infortunados nos procurará más satisfacción que el trabajo de mariposeo de la neuro- y de la psicoterapia no analítica. Si comparamos el estancamiento científico de la psicología y de la psiquiatría actuales, la esterilidad de las investigaciones anatómicas de las últimas décadas, con el dinamismo y vitalidad de nuestro trabajo cuya amplitud está a punto de superarnos, veremos enseguida que no tenemos nada que envidiar a nuestros colegas clínicos, compensándonos ampliamente el valor intrínseco de nuestra actividad de la posición y el poder que se nos rechaza. Padecemos un verdadero “embarras de richesse” mientras que otros rivalizan por la primicia de investigaciones insignificantes.

He subrayado anteriormente la importancia de no atender a los ataques injustificados. Sin embargo constituirlos en divisa de nuestra futura asociación equivaldría a una tendencia excesiva a evitar la batalla. A veces es necesario demostrar la debilidad de las objeciones, labor facilitada por la inconsistencia de los ataques.

Son siempre las mismas objeciones de lógica, moral o terapéutica las que se plantean, con una monotonía penosa, de manera que se las puede clasificar por categorías. Las de índole lógica consideran todas nuestras afirmaciones imaginarias y extravagantes. Nos atribuyen como propias la incoherencia y el absurdo que resultan de la neurosis y que son reveladas por las asociaciones de ideas; olvidan que, si distribuyéramos notas, quienes se empeñan en descifrar tales “absurdos” merecerían la calificación de “muy bien”.

Los defensores de la moral se asustan por el material sexual de nuestras investigaciones y nos anatematizan, silenciando cuidadosamente que Freud predica el control y la sublimación de los instintos desvelados por el análisis. Cualquiera que conozca el papel desempeñado por la sexualidad inconsciente en las psicoterapias no analíticas podrá hablar de hipocresía; sin embargo, se trata simplemente de reacciones afectivas patológicas, excusables en cuanto inconscientes.

Es también interesante señalar la complacencia de algunos en insistir sobre las “mentiras” y la “irresponsabilidad” de los histéricos en nuestros análisis, aunque se apresuran a creer todo lo que estos mismos enfermos, con una comprensión todavía incompleta, cuentan sobre el análisis.

Algunos que critican el valor terapéutico del análisis pretenden que éste sólo actúa por sugestión. Supongamos, sin admitirlo, que sea así: no sería menos injusto rechazar en principio una variante posiblemente activa del procedimiento por sugestión. El otro argumento es la ineficacia. Entendemos por ello que el análisis no actúa siempre, y en general no lo hace de prisa, y que es preciso a menudo más tiempo para rehacer la educación de una personalidad cuya evolución ha sido perturbada en la infancia, del que puede soportar la paciencia del enfermo y de su familia. Otros críticos creen que el análisis es peligroso, al ver las reacciones a menudo violentas, pero unidas al propio principio de la cura, que en general son seguidas de una mejoría.

La última, podría llamarla la “objección final”, es que el analista sólo busca su interés material: este ataque muestra visiblemente la malicia de quienes carecen definitivamente de argumentos. Algunos pacientes adoptan este razonamiento cuando, bajo el efecto de sus descubrimientos, realizan la última tentativa de quedar enfermos.

2.- *Jahrbuch für Psychoanalyse*. Redacción Pr. Freud, Dr. Abraham y Dr. Hitchmann.

Estas objeciones de lógica, ética y terapéutica de los ambientes médicos tienen a menudo un asombroso parecido con las reacciones dialécticas que la resistencia a la curación desencadena en sus enfermos.

Sin embargo, lo mismo que son precisos conocimientos y habilidades psicotécnicas para vencer la resistencia de un neurótico, también la resistencia colectiva (sobre todo la de los médicos a las tesis analíticas) necesita que uno se preocupe de ella con método y precisión, y no del modo empírico aplicado hasta ahora.

Además del desarrollo de nuestra ciencia, la asociación psicoanalítica debería también tratar la resistencia médica que, por sí sola, justificaría su constitución.

¡Honorable concurrencia! Si estáis de acuerdo en la fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional, en pro de un mejor desarrollo de nuestra tendencia científica, sólo me resta formular algunas proposiciones concretas para la realización de este plan.

Propongo elegir un Comité directivo central, promover la constitución de grupos locales en los centros culturales, regularizar la convocatoria anual de un congreso internacional y actuar de forma que las tendencias del psicoanálisis estén representadas lo antes posible, además de en el “Jahrbuch”, por un órgano de aparición más frecuente.

Tengo el honor de someter a ustedes el proyecto de reglamentación detallado de bases de la “Asociación”, teniendo en cuenta en la medida de lo posible los argumentos expuestos.³

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

3.- El Congreso ha aceptado la proposición y el proyecto y se constituye la “Asociación Psicoanalítica Internacional”. La Asociación ha elegido como primer presidente a C. G. Jung, decano de la Facultad de Zúrich. El presidente del grupo de Viena es el profesor Freud, el de Berlín, K. Abraham, el de Múnich, C. Seif, el de Zúrich, Maeder. El presidente de toda la Asociación americana es Putnam, profesor de la Universidad de Harvard de Boston; el del grupo de New York, A. Brill; el de Toronto, el Pr. Jones. El autor de esta conferencia ha recibido la misión de organizar el grupo húngaro. Tras el congreso de Nuremberg se ha fundado la revista mensual titulada Zentralblatt für Psychoanalyse (editada por Bergmann, Wiesbaden), el órgano central del psicoanálisis médico, y pronto aparecerá un tercer periódico (editado por H. Heller en Viena) consagrado a las aplicaciones literarias, filosóficas, filológicas, mitológicas, históricas y sociológicas del psicoanálisis.